

## EL PAÍS DEL ARCO IRIS, COLOMBIA: PLURIÉTNICA Y MULTICULTURAL (1)

María Eugenia Romero Moreno

ASESORA DEL IDEP.

*“Art. 7. El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación colombiana.*

*Art.8. Es obligación del Estado y de las personas proteger las riquezas culturales y naturales de la Nación”.*

Título I. De los Principios Fundamentales.  
Constitución Política de Colombia.

*“Art. 13. Todas las personas nacen libres e iguales ante la ley, recibirán la misma protección y trato de las autoridades y gozarán de los mismos derechos, libertades y oportunidades sin ninguna discriminación por razones de sexo, raza, origen nacional o familiar, lengua, religión, opinión política o filosófica”.*

Título II. De los Derechos, las Garantías y los Deberes. Capítulo I. De los Derechos Fundamentales. Constitución Política de Colombia, 1991.

---

(1) Una versión de este artículo se presentó como conferencia inaugural en la exposición NUESTRO LEGADO AL SIGLO XXI, Museo La Merced. Curaduría de María Eugenia Romero, Cali, abril 24 de 1997.

En su calidad de formadores del espíritu de los niños, de promotores de la creatividad y del desarrollo artístico y cultural de sus alumnos, es mucho lo que los maestros pueden hacer con la finalidad de promover un verdadero sentido que aporte a la educación integral de los niños y niñas. En el espíritu de propiciar a fondo el desarrollo de estas actividades, los maestros pueden y deben desarrollar una perspectiva más amplia de investigación en las áreas del arte, la creatividad y la cultura, conociendo y reproduciendo las distintas manifestaciones y tradiciones del país y sus raíces.

Una valoración de las tradiciones históricas, culturales y musicales del país construida desde la escuela, conjuntamente con niños, niñas, padres y comunidad, permite la elaboración de propuestas reales de trabajo conducentes a la utilización del tiempo libre, a permitir una recreación más acorde con el ambiente y, en fin, a reproducir valores para tener una sociedad más justa y democrática.

Como bien lo señalan los artículos de nuestra Carta Política arriba señalados, se reconoce que Colombia es un país con distintos grupos étnicos y culturales, siendo obligación del Estado y de las personas proteger esas riquezas y no discriminar a los individuos en razón de distingos étnicos, lingüísticos, religiosos o políticos.

Si bien estos fundamentos destacan una orientación a seguir por parte de la sociedad y las instituciones, la promulgación de estos principios no basta: es necesario —en la realidad— desarrollar tareas y programas orientados a practicar el reconocimiento de la pluralidad étnica del país, y a que exista una concordancia entre la ley y la realidad.

Es más, los distintos sectores de la sociedad civil —agregaciones, sindicatos, instituciones educativas, maestros y profesores de todos los niveles, universidades, medios de comunicación, el sector financiero industrial y productivo— deben comprometerse a desarrollar acciones para dar a conocer las características históricas de nuestra sociedad.

Es posible reconstruir la identidad de los grupos étnicos del país a partir del reconocimiento histórico de los elementos de su etnicidad: raíces, lengua, territorios ancestrales y lugares de origen. “*La identidad cultural expresa el resultado de procesos históricos plenos de transformaciones de antes y de ahora*” (2).

En Colombia, lo mismo que en la *Bandera Wiph'ale* de los quechuas, con los siete colores del arco iris, dividida en 49 cuadros iguales que representan los grupos integrantes de esta comunidad suramericana, habitante de Ecuador y Colombia (3), los colores del arco iris significan los múltiples grupos étnicos integrantes de la nacionalidad y de la identidad por construir y reproducir en el presente y en el futuro.

Diversas razones históricas han sido la causa de esas condiciones de desarrollo económico y sociocultural. Si bien muchos grupos indígenas fueron aniquilados durante el proceso de la conquista durante los siglos XVI y XVII, y en muchas regiones como el Cauca, el Tolima, los Llanos Orientales, los grupos humanos se enfrentaron directamente a los ejércitos españoles en rechazo a sus acciones esclavistas y de sometimiento,

---

(2) COMISIÓN Especial de Identidad Cututnal, **América Negra**, 1993, p. 190.

(3) WANKAR Reinaja “O hay diversidad o no hay futuro”, **América Negra**, No. 7, p. 162, 1994.

en muchas otras áreas del país, y como resultado de instituciones como la *encomienda*, la *mita* y el *resguardo*, bien pronto se inició un proceso de mestizaje entre el europeo y el indígena.

Otros más, sin haber participado en un *mestizaje*, poco a poco asumieron formas campesinas de vida —ante la presión ejercida por misioneros en las capillas doctrineras—, dejando de lado su lengua, sus formas de vida y tradiciones, sus prácticas religiosas, en fin, abandonando sus formas antiguas de vida. Éste fue el caso de los chibchas del altiplano cundiboyayense; hasta el siglo XIX conocemos por menciones a los *indios* de Fontibón, Bosa y Suba, hoy pueblos convertidos en zonas industriales y “pueblos” más que “ciudades” dormitorio, con cinturones de miseria y pobreza.

Sobrevinieron también la adopción de rasgos indígenas por parte de los afroamericanos y, consecuentemente, la adopción de elementos y rasgos culturales indígenas por parte de los criollos o españoles “indianizados”. Casos de esta situación la representa la adopción, por parte de los afroamericanos de los bosques del Chocó, de formas de vivienda, elementos de la cultura material de los indios Emberá y Catío o el caso del grupo étnico “llanero” que adoptó prácticas de vivienda, aspectos sociales y culturales de los indígenas, quienes a su vez “se llanizaron”, asumiendo formas de vida típicas de la vaquería y del hato llanero (4).

La tarea presente y futura para el sector educativo en su totalidad es la de estudiar, comprender y valorar los estilos de cosmovisiones y vida diversos que están presentes en las regiones

---

(4) ROMERO María Eugenia, *et al.*, **Geografía Humana de Colombia**, tomo 1, vol. 1 y 2, Instituto de Cultura Hispánica. Bogotá, 1990.

colombianas y otros que —infortunadamente— dadas las condiciones de nuestro proceso histórico, ya han desaparecido.

Los habitantes de nuestro país han desarrollado diversas formas con la finalidad de expresar su visión del mundo y sus relaciones con el medio ambiente. Por ello, el conocimiento y valoración de la herencia cultural de nuestros contemporáneos y de sus ancestros forma parte del interés y esfuerzo que nos ocupa.

## **La herencia de los caciques**

Prácticamente todos los grupos indígenas que habitan el territorio colombiano ya han tenido algún tipo de contacto con la sociedad nacional; el último grupo contactado, los Nujak Makú de las selvas del Guaviare y del Vaupés, fue conocido en los años 1980. Debido al proceso histórico de relación con la sociedad, y por su propia dinámica, los grupos indígenas se encuentran en un momento de continuo cambio económico, social y cultural; la dimensión de dicho cambio y sus efectos en la identidad cultural es tema que ocupa a los especialistas en lingüística, antropología y etnología. Hoy, ningún grupo étnico indígena o afroamericano puede permanecer aislado de las relaciones con sus connacionales; se propondría, por el contrario, que los individuos de estas etnias se prepararan con los mejores elementos de la educación y la tecnología —ingresando en las universidades y en los centros de investigación, por ejemplo— para mantener y sostener sus tradiciones y no ser arrasados por la denominada sociedad occidental.

Los grupos indígenas participan en interrelaciones entre sí, no totalmente estudiadas ni reconocidas por los especialistas. Veamos:

*“Yo soy del frente de la Boca del Casanare, del Meta: esa historia la cuenta mi mamá que es cubea: ella es de familia cubea por la mamá, y el papá es curripaco. Ahora mi mamá vive con un sikuani...”*

Esto lo cuenta un sikuani (5). Poco o nada sabemos de estas relaciones sociales intertribales entre grupos orinoquenses, llaneros como los sikuani con los cubeo y curripaco y con otras tribus, tradicionalmente amazónicas.

La herencia y el legado para el siglo XXI aportado por los grupos indígenas, es inconmensurable. En el país existen algo más de 250 grupos lingüísticos que representan algo así como el 3% de la población del país, esto es, algo más de 300.000 habitantes. En muchos territorios del país ya resulta difícil la identificación censal de quién es indígena y quién no; el proceso de mestizaje y desintegración tribal conlleva muchas dificultades en este proceso. Estos grupos hablan unas 105 lenguas, entre las que se encuentran aquellas pertenecientes a las familias lingüísticas Arawak (15), Caribe (12), Chibcha (9), Guahibo (9), Huitoto (12), Quechua (7), Sáliba (5), Tukano (14) y otras 22 sin definir (6). Hoy, ellos ocupan veintidós millones de hectáreas de bosques, montañas, selvas, desiertos y sabanas en territorios de resguardos y reservas, aunque muchas de ellas han sido convertidas en zonas de narcotráfico, de guerrilla y paramilitarismo.

Miremos ahora los elementos etnográficos de la cultura material, todos instrumentos y artefactos utilizados en las

---

(5) GILBERTO Aguilar Guaripa, Río Orinoco, **El Canto de los Peces**, de Juan Bautista Mariño *et al.*, Bogotá, Litografía Arco. 1994.

(6) ABADÍA, Guillermo, **La Música Folclórica**, Universidad Nacional, Bogotá, 1973, pp. 105 y ss.



actividades de la vida cotidiana de los rituales, la pesca, la cacería, la horticultura y la recolección: canastos, catumares, remos, curiaras, balayes, hamacas y chinchorros, cebucanes, budares, arpones, yanchamas, anzuelos, trampas de pesca, arcos y flechas, venenos como el curare y el barbasco, abanicos, objetos con plumas, piedras, fibras, cortezas de árbol, semillas, maderas.

Y si examinamos en detalle estos objetos, ¿qué vemos? Los tejidos de muchos de ellos representan las escamas de los bagres, curitos y culebras, o los caparazones de las tortugas morrocoy y terecay; otros más, como los balayes y canastos, ilustran las pléyades, las estrellas y constelaciones de los cielos. Los imaginarios de la naturaleza se reproducen en los objetos de la vida cotidiana. Allí, el mundo de la “cultura material y la tecnología aborígen” refleja la cosmovisión, la religión, el ritual, el mundo cognitivo de los grupos. Un canasto, un catumare, en su tejido, bien puede ilustrar y apoyar totalmente un relato mítico.

Una inmensa sorpresa nos llevamos si miramos los productos tradicionales del bosque que aún desempeñan un importante papel en la alimentación y nutrición de los indígenas: diversas clases de plátano, semillas de palmas como el seje, el moriche, otras semillas, frutas, raíces y palmas, frutillas como el chontaduro, los ajíes, el marañón y muchas otras, ya estudiadas por expertos de la Universidad de Antioquia, como la doctora Ayda Gálvez, que ha encontrado para los grupos emberá catío alimentos del bosque con un adecuado contenido calórico y vitamínico (7).

(7) GÁLVEZ, Ayda, información personal.

El maestro Guillermo Abadía cita cerca de ciento cinco instrumentos musicales como flautas, tambores, otros instrumentos de percusión utilizados en rituales y ceremonias, entre las que recordamos el *jalecumá* y el *yaraké* de los sikuani de los Llanos, *el baile de la chicha de chontaduro* de los huitoto, *el rezo del pescado* de los grupos de los Llanos y diversos cantos y melodías, desconocidas para la mayoría de nosotros. El mismo registro de Guillermo Abadía elaboró un inventario con un total de ciento ochenta melodías grabadas y registradas; es posible que su número sea mayor.

En este punto, el archivo musical del Instituto Colombiano de Antropología, ICAN, de Bogotá, probablemente hoy en el Centro de Documentación Musical del antiguo Colcultura, representa un patrimonio valiosísimo para el presente y el futuro. Allí, investigadores nacionales y extranjeros han dejado durante los últimos 40 años, grabaciones de canciones, melodías y danzas de los indígenas colombianos.

No porque sean menos importantes las citamos casi de último. Las formas productivas de los grupos indígenas están enraizadas en un conocimiento básico del entorno en donde viven; cazadores y recolectores u horticultores estacionales han aprendido, a partir de una herencia milenaria, cuándo y cómo sembrar, pescar y cosechar. En su proceso de cambio han tenido que adoptar formas de jornaleo estacional en explotaciones ganaderas y de agricultura en territorios cercanos a sus reservas; allí, como lo han hecho los sikuani, han aprendido a ser ganaderos, no tan eficientes como se esperaría.

Pero aquí es muy importante reconocer que la dimensión cognitiva de los indígenas de su medio es diferente a la nuestra:



para los indígenas amazónicos todos los seres del bosque y la selva, animales, árboles, ríos, piedras, son seres “vivos”, como las personas, en muchos casos a manera de reencarnaciones de los dioses. Los testimonios en las pictografías —pinturas en piedra de los ríos amazónicos y orinoquenses— poseen un significado y una historia mítica en el relato: allí llegó un personaje mítico a crear algún objeto o a entregar un alimento; en determinado río o montaña, otro más les enseñó a tejer las mochilas, a preparar la chicha, a mezclar el curare, o tal vez, allí nació algún otro ancestro mítico. El Cabo de la Vela en La Guajira, por ejemplo, es un lugar mítico para los indígenas wayúu.

En esos relatos el “blanco” —nosotros— como *alijuna* entre los wayúu; *Aiwanawi*, seres del fondo del agua para los sikuaní o *Riowa*, entre los u’wa tunebo, somos los que transmitimos las enfermedades y los males; para evitarlos existen rezos, conjuros y curaciones diversos. Entonces, el discurso mítico se ha ido transformando para dar espacio y lugar a las nuevas cosas que han ido apareciendo: los blancos, las escopetas, los aviones, todo tipo de máquinas y aparatos, los carros, las enfermedades, la llegada del hombre a la luna, para no citar sino algunas creencias.

En ese espectro del *arco iris de Colombia*, vemos a cazadores del río Inírida convertidos en mineros en la Guainía, vaqueros del Vichada, Casanare y el Meta, ijka cafeteros de la Sierra Nevada de Santa Marta, campesinos guambianos en el Cauca, mineros wayúu en Manaure, Guajira; silvicultores en los bosques del Chocó, cultivadores cubeo de la hoja de coca en el Vaupés, y así sucesivamente, que han adoptado nuevas y diversas prácticas económicas, aun sosteniendo su lengua, cultura e identidad tribal y cultural; otros más han viajado a las ciudades para engrosar las poblaciones de las zonas marginales.

Estas condiciones del entorno implican, con mayor razón, un esfuerzo de formación de sus líderes en la orientación ya citada arriba: ignorar las condiciones de desarrollo del entorno y enclaustrar a los grupos en territorios donde no reciban lo mejor de la ciencia y la cultura, solamente los podría llevar a un desastre étnico y cultural. Como ciudadanos colombianos, los indígenas tienen los mismos derechos que el resto de los ciudadanos del país de recibir lo mejor de los servicios de educación, salud y nutrición que, de no ser así, los llevaría a la extinción como grupo.

Con gran preocupación se observa la reciente asignación de inmensas sumas de presupuesto nacional a resguardos y reservas indígenas, para ser administradas por las organizaciones de cabildos, que no siempre están integrados por personas indígenas suficientemente preparadas en administración, seguimiento y ejecución de proyectos comunitarios. Por ello se requiere su formación.

## **La Afrocolombia desconocida**

Los grupos *raizales afroamericanos* históricamente ocuparon las regiones de las costas Atlántica y Pacífica y sus bosques interfluviales; allí vivieron procesos de mestizaje continuo y de cimarronaje, hasta llegar a la situación actual. La ley 70 de 1993 sobre comunidades negras reglamentó el derecho de propiedad colectiva sobre la tierra en la Cuenca del Pacífico, a los grupos de las zonas rurales, urbanas y de tierras baldías. Allí se proponen, además, elementos para la protección y desarrollo de los derechos y la identidad cultural.

De la misma forma que el legado indígena, Afroamérica en Colombia aporta a la tradición valiosos elementos sociales y

culturales. Son innumerables los elementos etnográficos de la cultura material, instrumentos musicales como tambores, tamboras, flautas, gaitas, guasás, marimbas, rondadores, mbiras, y otros. G. Abadía (8) aporta un inventario de treinta y seis melodías entre las que cita: la cumbia, el bullerengue, el mapalé, la gaita, la puya, el currulao, el makerule, el calipso, el pregón, el alabao, la contradanza y muchos más.

Publicaciones recientes señalan la importancia de la imagen del negro en la historia del país, así como su identidad socioétnica y su contribución en la economía, la literatura, las artes verbales y escénicas (9).

Habiendo recibido mucho de la herencia indígena, son artesanos de las maderas y del oro, conocen del trabajo y la explotación de la silvicultura y son maestros en las artes de la pesquería y la recolección de mariscos.

Por fortuna ya existen propuestas para impulsar, en los espacios académicos, el conocimiento de la historia y de la cultura de la gente de ascendencia africana de América Latina y el Caribe (10). Lo que sucede en Colombia ya ha sucedido y está pasando en otros países como Nicaragua y el Brasil: a partir del aporte de la memoria, de la historicidad, se examinan los procesos del “origen africano, de la criollización, de la manumisión y de la reconstrucción étnica de los grupos afroamericanos. En el Alto

---

(8) ABADÍA G., *op. cit.*

(9) “La antropología colombiana y la imagen del negro” en: **América Negra**, No. 6, 1993, pp. 161-172.

(10) MAYA, A., “Propuesta de estudio para una formación afroamericanística”, en: **América Indígena**, No. 7, 1994, pp. 139 y ss.

Baudó (Chocó), en el año de 1992, se inició un proyecto con estos fines (11).



## Presencias hacia el siglo XXI

De la misma forma que la tradición indígena y afroamericana, la herencia campesina es enorme en los aspectos sociales y culturales. Valores y prácticas nutricionales y de salud, sistemas tradicionales de cultivo, músicas y cantos, elementos de la cultura material, recetas y preparaciones, representan un acervo cultural importante para nuestra identidad cultural. Tal vez podrían ser algo más de trece las clases de arepas de maíz que se conocen solamente en la zona andina: la cariseca, las arepas de guiba, las de garbanzo, de mazorca, de maíz pelao, de dulce y de sal, otras más con cuajada o con queso salado, etc., y así con otros temas de la raigambre campesina.

Colombia —por sus condiciones de desarrollo— por el impacto de la economía neoliberal y en razón de las condiciones políticas de deterioro de la red y del tejido social, por la guerra que se vive, es cada día más un país urbano. La descomposición de las sociedades campesinas, el abandono y creciente concentración de la propiedad y de las tierras rurales vienen en proceso acelerado, desplazando a casi dos millones de personas a las ciudades intermedias y grandes. Los resultados de la industrialización y de la apertura implican cada día más la adopción de nuevas formas de vida y del desarrollo de mecanismos informales

---

(11) MAYA, *op. cit.*, p. 149, cfr. CHRETIEN J. y G. PROUNIER, Les ethnies ont une histoire, Karthala, París, 1989; GRUZINSKI S., La colonización del imaginario social indígena y la occidentalización de México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

de trabajo como manera de asimilar la vida urbana. Tanto el proceso de desarrollo histórico y político de nuestro país, como el proceso de urbanización, han sido —entre otros factores— los que han señalado drásticos factores de cambio en los modos de vida de nuestras gentes.

Algunos de los grupos y culturas que existen en la actualidad en el país conservan variadas formas de subsistencia y manifestaciones culturales, entre las que destacamos la artesanía en cerámica, barro, tela, maderas y fibras y preparaciones alimentarias de diversa índole. Estas formas culturales representan nuevas maneras de ver el mundo y de relacionarse con el medio y guardan —muchas de ellas— vestigios de técnicas y modos de pensar, importantes para construir y repensar nuestro pasado.

La labor de instituciones educativas y formadoras de maestros es definitiva en las líneas de trabajo hasta aquí señaladas: es urgente conocer, investigar y documentar las raíces de la identidad cultural, para mirarnos a nosotros mismos, reconocernos, valorar y divulgar los elementos de nuestra sociedad y apropiarnos de lo mejor de una tecnología que, de otra forma, puede ser avasalladora, para reproducir y construir el país sobre esa herencia cultural y elaborar elementos para una sociedad más justa y sana para todos.